

LA ACERA DEL LOUVRE

Por Marcial Ulmo Truffin

EN la prensa de ayer, 31 de marzo de 1931, leo: "El Hotel "Inglaterra" ha cerrado sus puertas..." La noticia, escueta y fría, podrá no tener importancia para una parte de la actual generación de ayanquizados "pepillitos", que, trepados sobre las altas banquetas de las "barras" a la americana y envueltos en el humo azul de sus cigarrillos de Virginia, apuran sus "gém-fish" y sus "cock-tails" multicolores y venenosos; pero para nosotros, los viejos, que aun amamos nuestras leyendas y tradiciones ¡cuánto dolor encierra la triste nueva!

Todo perece... Sólo el recuerdo del ayer nos queda, envuelto en el suave perfume de las cosas idas...

Ha muerto la legendaria "Acera" de otros días, tal vez más venturosos que los presentes; la que fué sede suprema del más alto señorío, en la que palpó como en ninguno otro sitio de la ciudad el sentimiento patrio. Rendida al peso de los años cae para siempre envuelta en el manto de sus hazañas. Nació en época de idealismos, allá por el año 1836, cuando Pancho Marty, ayudado por el general Tacón levantara el gran teatro que llevó el nombre del último, en la esquina de San Rafael y Prado. La acera opuesta, con su humilde pavimento de tierra aplanada a pisón, sirvió de terraza al célebre café de "Eucariza", en cuyo local—obligado sitio de reunión de los magnates de la época—tuvo efecto la noche del martes 20 de febrero de 1844 la famosa batalla del "ponche de leche", chusco episodio de nuestra historia colonial, que dió motivo a una de las más amenas crónicas de Alvaro de la Iglesia.

Junto a las mesillas de aquella incipiente "Acera" los elegantes de entonces, los "tacos", de acampanados sombreros de copa, chaquets de altos cuellos, talles de avispa, ajustados pantalones y botines de elástico, aguardaban en las cálidas tardes del verano tropical a las damas y damiselas de hombros caídos, apuntados corpiños y abultadas faldas de "malakoff", que, sentadas en sus típicos quitrines y volantas de altas ruedas y colgantes cajas, guiadas por esclavos caleseros de librea corta y altas botas, salvaban los puentes levadizos de los profundos fosos de las Murallas y entraban por la puerta de Monserrate para dar la vuelta a la fuente de la India y solazarse con la frescura de las Avenidas de

Isabel II y Nuevo Prado. También en algunas noches—después de las grandes audicisnes de Tacón—por cuya escena desfiló lo mejor de la época—incluida a la Patty—la Acera, y aun el mismo gran salón de "Eucariza", fué animado sitio de reunión de la aristocracia de la época; reflejaron las lunas de los antiguos espejos que totalmente cubrían los testeros del salón, todas las bellezas y todas las grandezas de aquellos pasados tiempos...

Sustituyó años después a "Eucariza", en el mismo sitio y local y con el mismo decorado, "El Louvre", cuyo propietario montó en el único piso alto con que contaba entonces el edificio, unos famosos billares, que aun debe recordar nuestro gran carambolista de Oro... Fué aquella la Acera de los Condes y Marqueses, y desfilaron por ella los de Cañongo, O'Reilly, Reunión, Fernandina, Peñalver, Lombillo, Palatino, etc.; los Marqueses de Villalba, Vietia, Campoflorido, Duquesne, Sandoval y Almendares. Sucedió a estos señores aquella elegante pléyade de elegantes caballeros que se llamaron Panchito Alvarez, Julio Hidalgo, Florencio y Carlos Luñing Truffin, Perfecto Lacoste, Juan Pedro y Salvador Baró, los Marqueses de Esteban y Larrinaga, Antonio Ulmo, Fermín y Juan Goicoechea, Francisco Durañona, Baltasar Otamendi, Gonzalo Jorrín, el doctor Amores, Pedro Becaly, Julio y Manuel Sanguily, Regino Truffin, Gastón Morá, Leopoldo Sola, Francisco Peraza (el cojo Peraza), Pedro Bustillo, Juanito Romay, Pancho Mediavilla, Luis de Zúñiga, Lolié, Alvarado y Cantero y muchos otros que abandonaron la "Acera" para ir a formar sus tertulias en el Unión Club, cuando éste se fundó.

Cuando yo ingresé en la "Acera" a principios del año 1888 eran asiduos concurrentes de ella Ricardo Ponce, Alberto Jorrín, Gonzalo de Cárdenas, Pancho y Julio Varona Murias, Paco Romero, Manuel Ma. Coronado, Carlos Villa, Andrés Moreno de la Torre, Arturo Mora y Morán, Pedro Pablo Echarte, Cambolo Valcárcel, Pedro Pablo Guilló, Pancho, Miguel y Perico Arango y Mantilla, Adolfo Márquez Sterling, Elpidio Estrada, Manuel y Ramón Pío Ajuria, Pío Alonso y Emilio Laforcada, todos éstos considerados como veteranos; y además aquella muchachada compuesta por el Gordo Granados, Rafael de Cárdenas, Pepe Narices, Pepe Ebra, Alfredo Arango, Bernardo Soto, Pocito, Rodríguez Alegre, Martínez Oliva, Miguel y Gabriel de Cárdenas, el "gran Comején", Plácido Pérez Poussin, Carlos Maciá, Ramón Hernández, Miguel Torriente ("Miguel Maleta"), Tallito Gassó, el Bizco Guillot, Emilio Bolívar, Ga-

Heraldo
de Cuba
P: 3 y 4

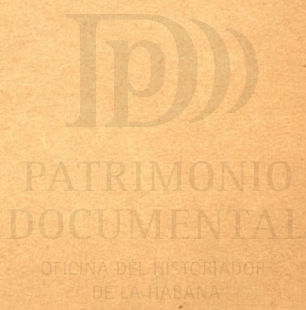
IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

briel Fourcade, César y Angel Corujedo, Magín Buffil, Agustín Osuna, Antónico Ruiz, Ramón y Miguel Gutiérrez (el Colorao), Agustín de Zárraga, José Ramón Zubizarreta, Pastor Movielo, Juan Enrique Sando, Saúl Alsina, Lancís, George Fowler, Abreu, Felo García Capote, Fabila F. Bián, Toto Soler, Rafael Lipuzcua, Angel y Joaquín Paz, Lefevre, Lesme Pascual, Cecil Goudie, Néstor y Benito Aranguren, Toscano, Raul Ray, Oscar Fonst Sterling, Pedro Pablo Kolhy, Wen Gálvez, Enrique Hernández Millares, Alvaro Catá, Enrique Nápoles Fajardo, Aniceto Valdivia, Manuel Tejedor, Enrique Fontanills, Pérez Cabello (Zerep), Manuel Seraffín Pichardo, Saturnino Parajón, Tintín Calderón, Pedro Molino, Gustavo y Angel Lloria, Lílico Soto Navarro, Antonio García Muñoso, Paco Calvo, Felipe Romero, Justo Clavel, Agustín Cervantes, Radillo, Vicente Pardo, Charles Aguirre, Rafael López Samá, Paco Moriano, José Ulmo Truffin, Pedro Tosca, Pedro Díaz Martínez, Enrique Laberdoc, Alvaro Ledón, Enrique Conill, Pío Novela, Pedro y Pablo Mazorra, Julio y Angel Soler, Pérez Alderete, José López Senén, Darío Campillo, los hermanos Cadaval, los Sotolongo y Herrera y Cantero, Ignacio Almagro, Santos Villa, Rodolfo Mallén, y tantos y tantos, cuyos nombres no recuerdo, porque ¿qué joven decente de aquella época no perteneció— aunque fuera por poco tiempo—a la “Acera del Louvre”? Dos cosas tan solo eran imprescindibles para poderlo ser: “Buena cuna”, o una gran simpatía, o una bien probada generosidad; en cambio, no bastaba poseer riquezas o gran influencia política para ser admitido en la “original cofradía”.

Muchos altos personajes y militares de la Colonia, no obstante su nacimiento español, fueron “Muchachos de la Acera”, como el coronel Santocildes, Ruiz, Santiago y Mustafá García-Delgado, Severo Gómez Núñez, etc. Entre todos éstos se destacó por su irreprochable caballería el bizarro general Lachambre, el que en una ocasión, ofendido por Agustín Cervantes desde las columnas del periódico que éste último dirigía, para batirse en duelo a espada con su ofensor resignó por veinticuatro horas su elevadísimo cargo de Segundo Cabo, que seguía en categoría al Gobernador General de la Isla. ¡Noble ejemplo de hidalga caballería que debiera servir de norma a muchos de nuestros enftados personajillos!

Cuando conocí la “Acera” (1887 al 88) se extendía desde la calle de San Rafael hasta el almacén de víveres finos “La Vizcaína”, situado al comienzo del gran chaflán de la calle de San Miguel; era como un marco al hotel y café del “Louvre”, a la antigua barbería del mismo nombre, en la que oficiaban los famosos “Figaros” Belisario, Patrocino y Donato; al gran Refrigerador Central (después llamado “El Cosmopolita”) propiedad de los hermanos Pancho y Cristóbal Negra, por cuyo “lunch” y “reservados” pasó toda la Habana alegre de la época. Más allá se extendía el Hotel “Telégrafo”, casa entonces de dos pisos, uno de los cuales (la planta baja) era el elegante salón “Helados de París”, al que solían concurrir por las noches las más aristocráticas familias de la Habana. Más allá del almacén “La Vizcaína” abría sobre la calle de San Miguel las puertas de su abigarrado salón y “reservados” el popularísimo café “Nadal”, restaurant, lunch y café de “medio pelo”, frecuentado por comiquillos de “mala muerte”, toreros sin contrata, jugadores, “ganchos” de juegos, chulos, y toda clase de gente de vivir dudoso. Muchos de los asiduos concurrentes a éste y otros análogos establecimientos de los que rodearon al Parque han pretendido después hacerse pasar por “Muchachos de la Acera”, pero nada más falso; el centro de acción de ellos era otro bien distinto que enseguida reseñaré brevemente. En la cuña formada por las calles de San Miguel y Neptuno se alzaba el edificio del que ocupaba los bajos el viejo café “Fornos”, y los altos una casa de huéspedes; más allá, en la rinconada que formó la primera rotonda del Prado, la antigua bodega de Alonso—feudo un día de la familia Alvarez de la Campa—y entonces “parada oficial” de los famosos “coches de la Acera”, que guiaban los conocidos aurigas Montané—el hermano del médico del mismo nombre—Perico, Pelayo, Cuervo, el Guajiro, etc., que allí se proveían de trabucos y bayetas para el uso de sus carruajes, para sus bestias de cubos de agua, mezclada con harina de trigo y afrecho y de aquellos típicos saquitos de lona que contenían una reción de maíz y se ajustaban por medio de tirantes a la cabeza de los caballos; en la obscura trastienda, más allá del carcomido mostrador de la bodega se veía una larga mesa de manteles muy sucios en la que se servía a los cocheros y a la dependencia abundante “menú”, rociados con el vino “gordo”, especialidad de la casa. Al otro lado del Prado, en la esquina más tarde ocupada por el café “Alemán”, había entonces un “tío vivo” o “caballito de vueltas” y a continuación la casa particular del licenciado Luis Zúñiga y en la esquina de la calle de Zulueta, en los bajos del “Unión Club”, el concurridísimo café “Central”, sitio predilecto de reunión de los más famosos “chulos bravos” de la ciudad, pe-tardistas, vendedores de objetos robados, agentes de casa de empeño, poco escrupulosos, jugadores de clubs de base ball de segunda clase, etc.; en la acera de enfrente, donde hoy se alza el Hotel “Plaza” se hallaban en un gran solar las carpas de lona del gran Circo Pubillones, en una de



2

7

las cuales residía el viejo elefante "Romeo", tan conocido por varias generaciones de muchachos habaneros; en el costado del Parque Central, en donde ahora se halla la tan grande como antiestética Manzana de Gómez surgía el comienzo de los muros de las llamadas ruinas de Zulueta, entre cuyas paredes y profundos sótanos hallaban seguro albergue los más abyectos afeminados y mujerzuelas del hampa habanera; al lado opuesto de la plazuela de Monserrate, el teatro Alhisu, feudo de Robillot y Azcue, y en el costado sur el gran teatro Payret, con los techos hundidos, y al oeste, junto a la Acera, la gran manzana del teatro de Tacón, ocupada en la esquina de San José por el gran café de "Los Voluntarios", al centro por el Cuartel de los Bomberos del Comercio—orgullo de la Habana—y en la esquina de San Rafael por el gran café de Tacón (rival del Louvre) en una de cuyas mesas, a la entrada, aun me parece contemplar el grupo que presidido por don Joaquín Gumá formaban allí cada noche Ventura Puig, Joaquín Coello, Serafín de León, Maciá y el dueño del local, don Felipe González, padre de los hoy dueños de "Inglaterra"—nombre con que bautizó en 1889 don Juan F. Villamil al "Louvre" al reformar el edificio y echarle portales.

Oh, cuántos recuerdos traen a mi memoria estos queridos sitios que bordean a nuestro Parque Central o de Isabel II, así llamado por la estatua de esta reina que se alzaba entonces en donde ahora está la de Martí, y tan triste y solitario hoy como animado ayer, a tal extremo que en las famosas noches de retreta se hacía difícil transitar por él... Sentados en los típicos sillones féreos, pintados de verde, abanicados por el suave terral de las serenas noches tropicales, aguardábamos a veces, pasadas las doce de la noche, vinieran a buscarnos las "muchachas alegres" que, terminadas sus "nont santas" faenas nos dedicaban, sin otro interés que la "cena y el coche" el resto de la noche... Y también allí en el Parque Central, instalado en su sillón, con la hermosa testa de revueltos cabellos al aire, aquel gran noctámbulo, compañero esforzado del viejo Valdés Rotoca, y que como éste jamás se acostaba antes del amanecer y que se llamó el doctor Caro, nos deleitaba con su amenidad exquisita. Recuerdo que una noche, allá por el año 1890, en que nos refería cierta valerosa hazaña del general Antonio Maceo, el que en aquellos momentos, sentado en uno de los taburetes de cuero del Hotel "Inglaterra", conversaba con un grupo de muchachos de la Acera, nos dijo el doctor Caro: "De todos los huéspedes que han pasado por ese Hotel, incluyendo a la Heading, la Thés, Sarat Bernhardt y Mazantini, ninguno lo será tanto como nuestro general Antonio Maceo...!"

Y ahora hasta el Hotel "Inglaterra" también cierra sus puertas... ¡Doblad, campanas habaneras, que para siempre han muerto los "Muchachos de la Acera"!

Abril 1 de 1931.

H. Mayo 3/31